

sería, en suma, el objetivo de un ensayo que no confunde el arte con la ideología, pero que sabe muy bien que toda obra de teatro —y en el caso de las cinco examinadas es evidente— cumple una determinada función política en la vida social. ■ JOSE MONLEON.

## Fascinación de Philip Marlowe

Contamos con una nueva traducción de Chandler, *La ventana siniestra* (1), su tercera novela, que publicó en 1942. Raymond Chandler no es exclusivamente un autor del género policíaco y uno de los grandes innovadores dentro de él, sino un excelente novelista. "Si quieres saber cómo es California, lee a Raymond Chandler", le dijeron a su futuro biógrafo, Frank Mac Shane (2). Las novelas de Chandler muestran, efectivamente, la sociedad californiana con exactitud e imaginación, son inteligentes y apasionadas crónicas de la California —Los Angeles— del primer tercio de siglo. En ellas, Chandler dio vida a un nuevo tipo de detective: Philip Marlowe, que en gran medida encarna los mitos del americano romántico, individualista y defensor de causas perdidas. Es poseedor de una incorruptible honradez, un arbitrario pero certero instinto para distinguir los "buenos" de los "malos", una gran dignidad frente a los poderosos y, entre otras admirables cualidades, la de preparar un excelente café. Aun cuando acaba siendo el clásico detective, descubre al asesino y encaja las piezas del rompecabezas de la verdad, su gesto es muy distinto, señala al asesino, pero no lo entrega a la Policía si no lo considera necesario o justo. Marlowe no cree en la "Justicia", ejerce una justicia particular que no se basa en la venganza o el escarmiento, sino en un vago pero profundo amor al ser humano y una gran comprensión de sus debilidades. Marlowe está perfectamente equipado para la acción, se desenvuelve perfectamente en todos los ambientes, pero su principal arma es la palabra y el tono que es capaz de darle, entre duro y sentimental.

(1) Bruguera. Libro Amigo. Barcelona, 1977.  
(2) *La vida de Raymond Chandler*. Bruguera. Libro Amigo. Barcelona, 1977.

El diálogo es, pues, el gran logro de Chandler. Alcanza sus mejores momentos cuando se desarrolla entre Marlowe y un personaje que pretenda de algún modo situarse por encima de él. Sus conversaciones con Breeze, el teniente de Policía, son buena muestra de ello. Las demostraciones de poder y de fuerza cobran, a los ojos de Marlowe, un aspecto ridículo. El poder que presta el dinero o la posición social encubren debilidades personales. Tal sucede con la señora Murdock y Alex Morny. Es implacable con ellos y su ingenio y desplante se duplican:

"—No me gustan los polizontes —dijo Morny.

Me encogí de hombros.

—No me gustan por muchas razones —continuó—. No me gustan en ninguna forma y en ningún momento. No me gustan cuando molestan a mis amigos. No me gustan cuando obligan a mi esposa a recibirlos.

No hice ningún comentario.

—No me gustan cuando interrogan a mi chófer o cuando se envalentonan con mis huéspedes.

No hice ningún comentario. —En resumen —afirmó—, que no me gustan.

—Empiezo a entender lo que quiere decir —respondí".

Marlowe no sólo nos presenta una sociedad corrompida y absurda sino que participa él mismo en el absurdo general. Parece sentir la necesidad de realizar de vez en cuando actos gratuitos con el único objeto de satisfacer caprichos sin sentido o sorprenderse a sí mismo: "Hollywood está lleno de ellos", comentan al salir él de un bar en el que se ha comportado de forma inaudita, sorprendiendo a toda la concurrencia. "No tenía ningún motivo para hacer esto", se dice después de cerrar cuidadosamente —reteniendo el picaporte con una mano rígida y dejando que el pestillo se colocase suavemente en su lugar— la puerta del cuarto de la señora Murdock. Ayudado de estos arbitrarios actos de autoafirmación y humor, Philip Marlowe, detective privado, se nos configura como un personaje central en la novela, que no se limita al planteamiento y resolución de un "caso" policíaco. Marlowe, a quien vamos conociendo a través de la trama policíaca, se hace poco a poco independiente de ella; de la intriga de la novela se pasa a la fascinación del personaje. El lector, como él, se separa de la acción, cuando cansado, aburrido y desinteresado del caso que

ha de resolver y de las personas relacionadas con él, se retira a su oficina a beber, fumar, y ponerse un poco melancólico. Quizá de esta melancolía anticipada venga el sabor del final de la acción, a la que Marlowe siente la necesidad de coronar con un acto bueno, ayudar al débil. "Cuando vi desaparecer la casa tuve una extraña sensación, como si hubiese escrito un poema muy bueno y lo hubiese perdido y no pudiera recordarlo", se dice a sí mismo cuando todo ha concluido. Es, como el teniente Breeze sabe definir, un hombre que trata de consolar su conciencia. ■ SOLEDAD PUERTOLAS.

## La otra cara del descubrimiento

Frente a la soberbia de los conquistadores, la amargura de los conquistados. Ya desde el mismo título de la obra ("*Los vencidos*"), aparece clara la perspectiva en que se sitúa el autor (1). Se trata de dar la

(1) Nathan Wachtel: "*Los vencidos*". Los indios del Perú frente a la conquista española (1530-1570). Traducción de Antonio Escobedo. Alianza Universidad.

vuelta al calcetín de nuestra historiografía, que tradicionalmente ha contemplado la conquista —la misma palabra "conquista" lo dice todo— desde el punto de vista excluyente del europeo invasor. Incluso cuando, henchido de buenas intenciones, el cronista salta en defensa del "pobre indio", tan criatura de Dios —del Dios de los blancos, naturalmente— como sus mismos descubridores.

¿Cómo vivieron, sin embargo, los indígenas de tierras americanas la llegada de aquellos dioses de barbas negras o tafeñas que, montados sobre extraños animales con pies de plata, dominaban el rayo y el trueno? ¿Qué prodigios anunciaron aquella visita portadora de destrucción? ¿Qué sintieron los indios ante la irrupción de lo hasta entonces desconocido? ¿Cómo desequilibró aquel acontecimiento unas estructuras sociales o económicas que hasta aquel momento habían venido funcionando de modo tan coherente como eficaz? ¿En qué sentido se trastornó de pronto la visión del mundo de aquellos pueblos?

Son preguntas a las que un historiador no puede contestar únicamente por vía de la intuición o la imaginación —como lo haría, y lo ha hecho a veces, el

